

**OLGA ELENA MATTEI**  
**INTERROGADORA DEL UNIVERSO INFINITO\***

**Augusto Escobar Mesa**  
**Universidad de Antioquia**  
[aescobarm49@hotmail.com](mailto:aescobarm49@hotmail.com)

Las palabras de la escritora uruguaya Cristina Peri Rossi acerca de lo que para ella significa escribir, podría muy bien aplicarse a Olga Elena Mattei, una de las máximas exponentes de la lírica colombiana: “escribo por amor a todo lo que es vivo y pasajero en breve tránsito hacia la muerte. Escribo para conservar el instante ilusorio y pasajero que va a desaparecer. Escribo para fijar en esta materia inestable y ambigua que son las palabras la inconsistencia y la precariedad de lo real y lo fantástico”.

Pero quién es y ha sido esta poeta que nos convoca hoy: hija única, estudiosa de teatro, ballet, escultura; graduada en filosofía y letras y en arte y decoración. Poeta y escritora, promotora cultural, modelo, presentadora de radio y televisión, directora de galerías de arte, publicista, conferencista, crítica de arte, diseñadora. Estuvo siempre rodeada de un ambiente de gran gusto y sensibilidad artística. Desde muy pequeña, como ella lo confiesa, escribo para conversar consigo misma y con las cosas. “Le urge volver palabras lo que es un sentimiento” (Mejía 1962:9).

Hasta 1962, fecha de aparición de su primer libro *Sílabas de arena* (1962), gran parte de la poesía escrita por mujeres en Colombia no había superado el tono romántico, la anécdota sentimental e intrascendente. Muy pocas eran las poetisas que sobresalían en el panorama literario nacional. Entre ellas: Amira de la Rosa (Barranquilla), la “Gabriela Mistral colombiana dueña de un ingenioso y ameno estilo”, en la opinión de Javier Arango Ferrer (1963:166); Agripina Montes del Valle (Salamina, 1844-1915) quien fuera para Rafael Pombo una de las primeras en la lírica castellana y “la más ilustre de las poetisas colombianas” (Gómez 1952:128). En Dora Castellanos (Bogotá, 1924) el amor, tema constante de su poesía, se vuelve nostalgia, ensoñación y preside el nacimiento de su canto (Holguín 1968:6-8). Su poesía es sensual, directa y desnuda. Otra apasionada cantora del amor es Dolly Mejía (Jericó, Antioquia, 1920-1975), quien muestra una poesía de gran emotividad y de lenguaje simple que la hace la más popular poetisa de la primera mitad del siglo XX. Javier Arango la califica

como “la Delmira Agostini colombiana” (1963). Matilde Espinosa (Páez, Cauca 1915) genuina voz lírica, interpreta con gran acierto en sus poemas la tragedia del pueblo en su más inmediata cotidianidad (Torres 1975:217). Es la primera que elabora una poesía social y transmite no sólo el sentir de los seres en su diario transcurrir, sino también la fuerzas de las cosas elementales (Martínez 1980:15-22). La poesía de Maruja Vieira (Manizales, 1922) está llena de misteriosas sugerencias y cálidas evocaciones al amor (Lagos 1987:61,71). Y finalmente, Meira del Mar (Barranquilla, 1922), cuya poesía alcanza su máxima fuerza lírica y expresión intimista. Es Meira del Mar una de la voces más refinadas en el proceso ascendente que inicia la espiritual Josefa del Castillo (1671-1742) (Arango 1963:165-166).

Fuera de éstas, las demás voces poéticas femeninas se perdían, en el decir de Mejía Vallejo en 1962, “en la barahúnda de pseudo versificadoras de sonetos de contrición, silabarios hogareños, pucheros infantiles y folclorismos de falsa ornamentación, o en el lugar común, donde las víctimas resultan siendo más los lectores que las autoras mismas” (1962:9). Con la poesía de Meira del Mar y la de Olga Elena Mattei, se advierte un fresco renacer de la poesía femenina. El dominio de los temas es más universal. No se limitan a cantarle a los seres y a las cosas, sino que, además, lo hacen de manera profunda, crítica y con gran decisión, y a veces sobre motivos encontrados.

Olga Elena escribe como quien habla, como quien cuenta sus cosas a un amigo cualquiera. El tema del amor cruza toda su poesía aunque no es exclusivo: el amor al hijo, al hombre que sufre, al limitado físico, a la adolescencia, al esposo ausente, a la naturaleza, a las cosas, al cosmos. El tratamiento que le da al amor, la convierte en una de las poetisas que con mayor alcance lírico lo ha manifestado, y esto es difícil en un país donde el discurso poético cae con facilidad en el sensibilismo y se hace del lado irremediable del corazón.

Aunque su poesía muestra los sentimientos en sus más diversas manifestaciones, éstos se hallan controlados por la razón. Elemental en ocasiones, arrebatada en otras, pasa de la “ternura más auténtica a la protesta encendida”. Sus composiciones giran en torno a cuatro temáticas: la vida íntima en la que desnuda su alma. En sus poemas se observa el júbilo de la esposa que ama y se sabe amada, el ansia de perpetuarse en el hijo y el temor a la muerte; grandes interrogantes que atan y angustian al hombre. También se muestra la visión trágica y sublime de seres enajenados por las múltiples violencias, “las pequeñas desolaciones y las infaltables alegrías que constituyen la vida de la pareja cuando el amor auténtico lleno de sentimiento humano” (Uribe 1962:8), ilumina y reconforta el espíritu.

Un segundo motivo de interés se centra sobre la vida social. Afincada en la vida cotidiana, muestra el sentimiento del hombre violentado por la injusticia social, el sufrimiento de niños inocentes, la alienación producida por la competencia económica y la avidez del dinero. Protesta contra las desigualdades sociales y la violencia que ha asolado al país; también contra la desintegración del hombre como efecto, en palabras de ella, “de la alquimia nuclear” que “hará del mundo un alambique humano atomizado” (Mattei 1962:32). Ambos temas han sido tratados con gran armonía, alcance estético y un estilo muy personal, y recreados con delicadeza e intimidad de mujer, pero de mujer, que “no siente desvíos ni simulación varonil ni excesos de exhibición sensiblera. Recato y franqueza, justamente, son las notas de su feminidad” (Uribe 1962:8-9).

Es colombiana y paisa por la manera de regatear una presencia en la poesía y en el corazón de las gentes, pero algunos han pretendido echar una cortina de humo sobre su obra y le endilgan otra patria y con ello, paradójicamente, le abren las puertas del universo, porque su obra no tiene origen geográfico ni destino prefijado, así hable de hombres y mujeres de aquí, de otros lares, de cualquier esquina del mundo, o de reductos de paisajes urbanizados de éste o algún otro horizonte. Su poesía es la de una agonista que dispuso su canto al despertar del nuevo siglo nacido en los años sesenta; siglo intermedio que revolucionó la historia, la tecnología, las ideologías y al hombre mismo, ese sujeto paradójico cuyo invento se le salió de las manos y lo dejó en estado de asombro permanente.

La poesía de Olga Elena no se quedó fijada en aquella época sin referente análogo en la historia, si bien era tan inesperado el instante presente, tan lleno de cataclismos y revoluciones aquí, en este país arrinconado por la violencia, como allá, en tantos otros lugares estremecidos por el bombardeo de nuevas ideologías, por los avances tecnológicos que no daban tregua al pensamiento ni a la imaginación, por las mil formas de conflicto que encadenaban al hombre. La contemplación del tiempo presente de la historia de esa mitad de siglo, con su turbulencia y seducción, fue motivo de regodeo en su poesía e inició su canto. Ella se abrió al futuro como lo hace la flor cada mañana al vislumbrar los haces de luz de un nuevo amanecer. El tiempo de ayer, primordial, originario; el tiempo de hoy, escindido y doloroso; el tiempo de mañana, incierto y sobrecogedor, así como los seres que los han forjado, fueron y siguen siendo motivo de su inspiración. Pocos poetas, sólo los que padecen el flagelo del asombro escriben como anclados en un tiempo sin tiempo, en el tiempo del azar, del mito, de la paradoja, no obstante que cada uno de sus versos se vea envuelto por

ese hilo de Ariadna que remite a seres y lugares de la más absoluta cotidianidad. El poeta, y particularmente Olga Elena, escriben porque es el medio íntimo por excelencia para entablar un diálogo con su ser más secreto y desconocido.

*Sílabas de arena* hizo detener no sólo la mirada y el ánimo de los transeúntes de la poesía, sino de un poeta, monje y escritor como Thomas Merton que le hizo decir que este libro lo había conmovido de tal manera, por la abundancia de vida y de luz que proyectaba, que lo había dejado balbuciente. Mejía Vallejo fue aún más lejos al declarar que era la poeta colombiana que con más altura había tratado el tema del amor; así lo confirmaría luego Marta Traba, Javier Arango Ferrer, Rafael Maya, Germán Arciniegas, al ir conociendo cada uno de los libros que se fraguaron en ese crisol anhelante de su imaginación: *La gente* (1974), *Pentafonía* (1964), *Cosmofonía* (1975), y luego vendrían: *Conclusiones finales* (1989), *Cosmoagonía* (1993) y 21 volúmenes que deambulan entre Medellín, Puerto Rico y Nueva York.

*Sílabas de arena* conmovió a Fernando González a punto de poner a su gestora por encima de Gabriela Mistral, de Juana de Ibarbouru y hasta de Barba-Jacob, porque revelaba, según él, un camino más real, positivo y atemporal; porque iba más allá del bien y del mal, porque eran más eternos los temas de su canto. Es, afirmaba: “una poetisa tan originalísima que no recuerda a nadie, que no se confunde con nadie. Tiene imágenes que sólo en los clásicos griegos, en Homero y en Shakespeare, encuentran sus hermanas” (carta personal). Es esa misma novedad la que advierte Ernesto Cardenal en *Pentafonía*, porque allí se exploran terrenos nuevos en la poesía –su tercera línea temática–: el cosmos infinito, los elementos naturales, el destino del mundo, la cosmogénesis, los misterios del universo galáctico, el hombre asediado por los cataclismos sociales y estelares que se abaten sobre sí o sobre su imaginación; la energía, origen y motor de todo, la exaltación del espíritu a través de su energía síquica; la biotecnología, la ingeniería genética, la variaciones sobre un tema recurrente, y el hombre inconforme y desolado con su inevitable destino. Aquí habría que decir como Jean Pierre Richard –en *Poesie et profondeur*– hablando de la poesía de Rimbaud: “si una armonía debe nacer en este mundo, surgirá de los mismos objetos y no de algún estado del alma que les impondría de fuera su unidad”. La armonía irradiante del universo cósmico no hace a la poeta más que arrancarle a pedazos, como a un Prometeo, interrogantes metafísicos e incertidumbres a esta poetisa alelada por misteriosas energías que nos sostienen en vilo y tanto desconocemos. Olga Elena utiliza como material poético todo aquello que, no pareciendo poético lo es indiscutiblemente, pero que nadie se había atrevido a poetizar.

Con *La gente* (selección de 10 libros de poemas inéditos, escritos entre 1962 y 1974), según el crítico norteamericano James Alstrum, la poeta abre camino a la antipoesía femenina (2000). Las gentes y las cosas se sublimizan en su poesía (esta es la cuarta línea temática). Un aliento nuevo cae sobre los objetos elementales que rodean al hombre y sobre sus actos cotidianos, hasta elevarlos a su máxima condición: la poética. Las cosas corrientes adquieren un color inédito, como lo sostiene el poeta Fernando Arbeláez; muestran un lirismo fino, espontáneo, de claridad envidiable. Es una poesía de certeras palabras, de riqueza de percepciones y desprovista de artificios. Una fina intuición penetra las cosas más simples y los más elementales acontecimientos. Con esta investidura, su poesía logra “acentos de desgarrada vitalidad ascendente, de humano amor. Su poesía tiene una fuerza creadora tal que pareciera arrasar” (Gonzalo Cadavid 1963:1).

Antipoética, irónica, paródica y reveladora es la personalidad de la poetisa Olga Elena Mattei como puede observarse en muchos de los poemas de su libro *La gente* y en el que hoy se presenta, especialmente en su poema autobiográfico “Yo soy una señora burguesa” que remiten necesariamente a un solo interrogante: ¿No es acaso su obra lírica la imagen de su propio acto y riesgo de existir? Nada se parece tanto a ella como su propia poesía. Parodiando a George Mounier en su libro *Poesía y sociedad*, el canto de Olga Elena Mattei imita la vida, la reemplaza, la multiplica, la fija para la eternidad.

Yo soy una señora burguesa  
con la barriga inflada  
y escribo poesías  
con dolor de garganta.  
He sido  
niña prodigio  
muchachita insoportable  
mala estudiante  
reina de belleza  
modelo  
de esas que anuncian  
sopas, o telas o artículos diversos...  
Me metí en este lío  
inevitable  
de enamorarme

y sacrificar a un pobre hombre  
hasta convertirlo en un marido  
(sin mencionar de paso  
en qué  
me he convertido)  
y cometí el abuso social  
imperdonable  
de tener cinco hijos.  
He fracasado como madre  
como esposa  
como amante  
como lectora  
como filósofa.  
Lo único que puedo hacer  
mediocrementemente bien  
es ser  
señora burguesa y despreciable  
imperdonablemente inútil.  
Y eso  
es precisamente lo que me infla  
la barriga  
y me hace escribir poesías  
con el dolor de garganta  
que me saca la rabia.  
Porque todos los días me acuerdo  
de la guerra y el hambre  
que son tan reales como las señoras  
a la misma hora  
en que estoy aquí sentada  
como una pendeja (1970).

## Bibliografía consultada

Alstrum, James. *La generación desencantada de Golpes de Dados. Los poetas colombianos de los 70*. Bogotá: Universidad Central, 2000.

Arango Ferrer, Javier. *Dos horas de literatura colombiana*. Medellín: La Tertulia, 1963.

Cadavid U., Gonzalo. “Los últimos libros femeninos. Ser y creación de la mujer”. *El Colombiano Literario*, 22 de septiembre de 1963c:1.

Castellanos, Dora. *Eterna huella*. Medellín, 1968.

Escobar Mesa, Augusto. Entrevista con Olga Elena Mattei. Medellín: 24 de junio de 1992.

Gómez Restrepo Antonio. “Breve reseña de la literatura colombiana”. *La literatura colombiana*. Bogotá: Revista Bolívar, 1952.

Holguín, Andrés. “Prólogo”. *Eterna huella*. Dora Castellanos. Medellín: 1968:6-8.

Lagos, Ramiro. *Voces femeninas del mundo hispánico, antología de poesía*. Bogotá: Tercer Mundo Editores y Centro de Estudios Hispánicos, 1987.

Martínez G., Guillermo. “Matilde Espinosa de Pérez: precursora de la poesía social en Colombia”. *La poesía de Matilde Espinosa*. Bogotá: Tercer Mundo, 1980:15-23.

Mattei, Olga Elena. *Pentafonía*. Carles, Marc. *Cosmofonía*. 3a. ed. París: Fabricato-Coltejer-Enka, 1976, ed. bilingüe.

----- *Pentafonía*. Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana, 1964.

----- *Sílabas de arena*. Prólogo René Uribe Ferrer. Medellín: La Tertulia, 1962:7-10.

Mejía Vallejo, Manuel. “La mujer y su tiempo. Reportaje con Olga Elena Mattei”. *El Colombiano*, 4 de octubre de 1962:9.

Torres, Eddy. *Poesía de autoras colombianas*. Bogotá: Caja Agraria, 1975.

Uribe Ferrer, René. “Prólogo” en: Olga Elena Mattei. *Sílabas de arena*. Medellín: La Tertulia, 1962, p. 7-10.

---

\* Publicado parcialmente en el libro: *Ensayos y aproximaciones a la otra literatura colombiana*. Bogotá: Universidad Central, 1997.